

Tengo un olvido, Guiomar,  
todo erizado de espinas,  
haja de nopal.  
A. M.

# GUIOMAR, LA DIOSA DE ANTONIO MACHADO

JOSE LUIS CANO

**L**A muerte, a la edad de ochenta años, de la poetisa Pilar de Valderrama, inmortalizada por Antonio Machado en sus *Canciones a Guiomar*, nos lleva a recordar lo que fue para el autor de *Campos de Castilla* ese amor tardío del que nos han quedado como testimonio no sólo esas *Canciones*, que se publicaron por vez primera en la "Revista de Occidente" en septiembre de 1929, sino las cartas de amor del poeta a Guiomar publicadas por Concha Espina en su libro *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*, aparecido en 1950 y nunca reeditado. Libro, por cierto, lamentable, ya que en él, aparte del absurdo y ridículo prólogo, las cartas del poeta se publicaron mutiladas y trocadas, y no en su integridad. El mismo año en que aparecen las *Canciones a Guiomar*, 1929, escribía Antonio Machado a su gran amigo don Miguel de Unamuno desde Segovia: "Hace unos días envié a usted con nuestro Juan de Mañara el libro *Huerto cerrado* de Pilar Valderrama. Esta señora, a quien conocí en Segovia, mujer muy inteligente y muy buena, es una ferviente admiradora de usted. Me envió su libro para que yo se lo remitiera a usted, pues ignoraba sus señas. En esa obra encontrará usted acaso algo de su gusto, sobre todo una cierta verdad cordial que ya no se estilaba". Y un año después, el 5 de octubre de 1930, el propio Machado, que raramente cogía la pluma para comentar libros de versos, publicaba en "Los lunes de 'El Imparcial'" un artículo sobre el libro de Pilar de Valderrama *Esencias*, que había aparecido ese mismo año en Madrid. Cuando escribió ese artículo, sumamente elogioso para el libro *Esencias*, el corazón del poeta estaba ya tocado por la belleza de Guiomar. Tenía entonces Antonio Machado cincuenta y cinco años, y hacía dos que había conocido a Guiomar. Fue en junio de 1928, cuando el poeta vio por primera vez a "su diosa", como gusta de llamarla, tanto en sus versos como en sus cartas. Había sufrido Guiomar, a los pocos años de su matrimonio, una depresión nerviosa, y su médico es-

timó conveniente saliera de Madrid y marchara a Segovia a descansar y curarse de su dolencia. Una hermana del actor Ricardo Calvo, tan amigo de los Machado, María Calvo, era profesora de los hijos de Guiomar, y al enterarse de que ésta marchaba a Segovia, le dio una tarjeta de presentación para Antonio Ma-

en fin, admirable, sobre un cuerpo desgarbado y poco atractivo...".

La relación entre el poeta y Guiomar continuó en Madrid, donde se veían una vez por semana, en el verano en los jardines de la Moncloa y en invierno en un café de barrio donde Machado le leyó sus obras de teatro —*La Lola se fue a los Puertos*, La

en 1950, las cartas de amor de Machado a su "diosa", ya nadie dudó de que ésta no era una mujer imaginaria sino una "musa de carne y hueso", como diría Rubén. Es decir, que Guiomar existía, y tenía nombre y apellidos, aunque el poeta los ocultara con ese eufórico nombre de Guiomar. En un ya lejano ensayo pude demostrar lo que, por otra parte, cualquier lector de las cartas y de las "Canciones" podía haber observado: que tanto en unas como en otras, el poeta llamaba siempre a Guiomar "mi diosa" o "diosa mía", y que él quería figurar, e incluso pasar a la Historia, como "su poeta". Pero lo que sí es cierto es que Guiomar fue para Machado la "estrella inasequible" de que habla en una de sus cartas. "Cuando en amor se renuncia —escribe en otra—, por necesidad fatal, a lo humano, a lo demasiado humano, o no queda nada —es el caso más frecuente entre hombres y mujeres— o queda lo indestructible, lo eterno". Las alusiones a "las limitaciones de ese amor", a "la barrera que ha puesto la suerte entre nosotros", no dejan lugar a dudas sobre la forzada espiritualidad de ese amor que sólo la guerra civil del 36 pudo matar —"la guerra dio al amor el tajo fuerte"— al quedar Machado en la zona republicana y marchar Guiomar con su familia a Portugal. Nunca más se volvieron a ver ni supo nada el uno del otro. Desde Rocafort, en 1937, el poeta le dedicó su espléndido soneto "De mar a mar entre los dos la guerra...", que ella sólo pudo conocer años después de muerto Machado. La "Soñada miel de amor tardío" consoló las soledades del poeta en sus últimos años, y le inspiró un puñado de bellos poemas. Nos queda ahora esperar, para iluminar del todo esta singular historia de amor, la publicación de las Memorias inéditas de Guiomar, que debería completarse con una reedición crítica de las cartas del poeta a su diosa, pero esta vez con el texto íntegro, sin enojosas mutilaciones. ■



Pilar de Valderrama,  
inmortalizada  
por Machado.

chado, a la sazón catedrático de francés en el Instituto segoviano. Se instaló Guiomar en el hotel del Comercio, que aún existe, y a los pocos días de su estancia en la ciudad fue a verla el poeta al hotel, y allí se inició una amistad que pronto se trocó en amor por parte de Machado. En palabras de la propia Guiomar, que oí de sus labios ya hace años, he aquí su impresión cuando vio por primera vez a don Antonio en el hall del hotel Comercio: "Era el poeta admirado el que estaba ante mí, con su desaliño, sí, pero con un rostro bondadosísimo, una frente ancha y luminosa; una cabeza,

prima Fernanda— y los poemas que iba escribiendo inspirados por ella, que el poeta pensaba reunir en un libro consagrado a "su diosa".

Cuando aparecieron las primeras *Canciones a Guiomar* no faltaron lectores que vieron en Guiomar una pura creación imaginaria del poeta, una criatura soñada por su fantasía, sin realidad alguna. El mismo Joaquín Machado, hermano del poeta, escribió que "Guiomar no fue nunca la mujer física, sino la poética, de Antonio Machado, como Dulcinea de nuestro señor Don Quijote". Pero cuando se publicaron,